

KRISTINE VANDEN BERGHE.

Nellie Campobello. Las verdades de una subalternista.

Série Littérature 16. Presses Universitaires de Liège, 2025.

Reseña de LAURA MARÍA MARTÍNEZ MARTÍNEZ¹

Instituto de Investigaciones Filológicas

Universidad Nacional Autónoma de México

Doce años después de la publicación de *Homo ludens en la Revolución. Una lectura de Nellie Campobello* (2013), la especialista en literatura latinoamericana de la Universidad de Lieja, Kristine Vanden Berghe retoma la obra de la mexicana en un nuevo libro: *Nellie Campobello. Las verdades de una subalternista* (2025). A pesar de que el corpus de estudio se mantiene alrededor de las obras sobre la Revolución mexicana *Cartucho* (1931) y *Las manos de mamá* (1937), hay variaciones en el enfoque teórico que subrayan un notorio esfuerzo crítico por mirar la literatura de Campobello desde otros vértices y posibilitar nuevas lecturas.

Mientras que en su primer libro la teórica belga desplegó un análisis sobre Campobello vertebrado por los paradigmas del juego y especialmente anclado en el diálogo con *Homo ludens* (1938) de Johan Huizinga, en el volumen que nos ocupa la perspectiva crítica se desplaza hacia las teorías de la subalternidad y los abordajes afectivos. En la introducción, se detalla cómo este giro de paradigma trasciende la búsqueda de nuevas metodologías críticas. Siguiendo con el uso de la categoría de “subalterno” de Ranajit Guha, Vanden Berghe expone las formas en las que la escritura de la mexicana también se centra en los espacios rurales y en los personajes marginales de la Revolución, personas del campo “excluidas de la esfera discursiva y de la representación” (9). Con el objetivo de avanzar en los estudios sobre Campobello y de fracturar la idea común de que la suya fue una prosa fría e incluso indiferente a las atrocidades de la Revolución, el libro parte de las teorías contemporáneas sobre los afectos —de los trabajos de Ana Peluffo, William Reddy y Tom Lutz, entre otros— para analizar los recursos estilísticos mediante los que se muestra una comunidad emocional diferente a la integrada por quienes representan la autoridad.

¹ Programa de Becas Posdoctorales de la UNAM, Becaria del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas, asesorada por la Doctora Yanna Hadatty Mora.

A través de una estructura en cinco capítulos, se enarbola un discurso crítico que en cada sección propone, a la par que afianza, distintas aberturas sobre la obra de Campobello. El primer capítulo, “La voluntad de atestiguar”, indaga en la construcción de la figura autorial de la propia Campobello, así como en la paradoja ficcional en la que se sustentan sus relatos de la Revolución: en la tensión entre el deseo de relatar la verdad, las licencias ficcionales y el juego autobiográfico. Dialogando con teóricos fundamentales sobre la autobiografía como Philippe Lejeune y Manuel Alberca, con los libros de Campobello *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa* y *Ritmos indígenas de México*, y con novelas canónicas de la Revolución como *Los de abajo* de Mariano Azuela, se analiza el concepto de “verdad” de la propia Campobello y las formas en las que su escritura corresponde a la voluntad de testimoniar la vivencia de la Revolución de los sujetos subalternos.

El segundo capítulo, “Errancia poética y errancia política”, parte del concepto de “mala escritura” acuñado por Julio Prieto en *La escritura errante. Ilegibilidad y políticas del estilo en Latinoamérica* (2016) y analiza las estrategias estilísticas a través de las cuales Nellie Campobello buscó reflejar de manera fidedigna el habla rural del norte de México. Mediante la extrapolación de la teoría de Prieto, centrada sobre todo en el Río de la Plata, a la literatura mexicana y de un análisis muy preciso de la sintaxis de Campobello, se propone que su discurso aparentemente sencillo fue el resultado de una construcción razonada de un estilo y se sugiere que su escritura dialogó con obras que circulaban ampliamente en la época, como el discurso bíblico del Antiguo Testamento o los corridos mexicanos.

Para oponerse al frecuente hábito crítico de estudiar las obras de las escritoras fuera de sus literaturas nacionales y fuera de cualquier genealogía, el tercer capítulo, “Rulfo, lector de Campobello”, expone con prudencia las similitudes entre la obra de Juan Rulfo y la de la mexicana. Dialogando con Jane Spencer y Ana Peluffo sobre “la necesidad histórica de engendrar escritores ‘sin madres literarias’” (71) y materializando un minucioso análisis sintáctico-léxico-semántico, compara *Pedro Páramo* y *El llano en llamas* con las obras objeto de estudio ya mencionadas, sugiriendo un uso similar de la elipsis y una morfología que se aproxima. Aunque la crítica no presupone en ningún momento la lectura de Campobello por parte de Rulfo y reconoce una mayor complejidad sintáctica en este último, resulta convincente la lectura relacional de ambos autores y sobre todo loable la resistencia a seguir estudiando a Campobello como un satélite que sobrevuela la literatura mexicana del siglo xx y nunca la conforma.

Tras las precisas referencias a las estrategias lingüísticas que Campobello utilizó para reflejar el habla de la gente del norte, el cuarto capítulo, “Comunidades emocionales”, insiste en el razonamiento que hay detrás de las decisiones escriturales

de Campobello y aborda la construcción de los personajes desde la teoría de los afectos. Otra vez en conversación con un corpus teórico nutrido, entre los que se encuentran la ya citada Ana Peluffo, Sarah Ahmed, Raymond Williams y Friedrich Nietzsche, por citar sólo a algunos, se analiza el retrato sentimental de los personajes, con muchas lágrimas de por medio, para insistir en el esfuerzo intelectual que había detrás del estilo aparentemente sencillo de Campobello y señalar cómo la autora rompió con la versión dominante que presentaba a los campesinos como participantes irracionales de la Revolución y dibujó personajes que quizá no tenían todas las palabras para explicar coherentemente su adhesión, pero que sí sentían su condición de oprimidos.

Al enfoque desde la subalternidad y la teoría de los afectos esbozado en los cuatro primeros capítulos, se le suma la perspectiva de género en el último. Aunque este abordaje podía intuirse en la propia elección del objeto de estudio y en el propósito de ofrecer lecturas menos aisladas de la obra de Campobello, es en las páginas finales donde el prisma de género se subraya y se materializa de manera más evidente mediante la focalización del análisis en los personajes femeninos de la madre (Rafaela), la propia Nellie y el personaje de Nacha Cenicerros. Al ser Campobello una de las pocas autoras que han escrito sobre la Revolución mexicana —cabría incluir la desconocida novela *La corola invertida* (1930), de María del Mar, y las escritoras recientemente analizadas por Sofía Mateos Gómez en *Formas de persuasión en la narrativa: cuatro autoras comprometidas durante la posrevolución* (2025)—, resulta muy interesante constatar cómo en sus libros se fractura el relato masculinizado y se proponen personajes femeninos que no parten de una mirada externa hacia las mujeres, ni de los conocidos arquetipos femeninos, sino que conectan con una experiencia propia y el ejercicio de la autorrepresentación.

En este sentido, es interesante el análisis de Vanden Berghe sobre la figura de la madre, que, si bien encaja en los paradigmas de la compasión, también se muestra como un personaje fuerte, activo, que contiene las lágrimas cuando es necesario y que actúa desde la desobediencia. Resulta especialmente atrayente la comparación de Rafaela con el personaje de Antígona, ya que “nunca se la representa como una mujer que se subordina a los hombres o que no se atreve a tomar la palabra para defender sus convicciones” (120). En diálogo con Sara Ahmed y con la hipótesis de una herencia afectiva entre madres e hijas, también se analiza el personaje de Nellie para incidir en su aparente frialdad ante los horrores de la Revolución y en cómo ambos personajes se distancian en la escritura de Campobello, aunque se emparentan por tener un mismo carácter fuerte que no se repliega ante la autoridad masculina.

Las mayores cualidades del libro radican en el minucioso análisis de la escritura de Campobello, en la capacidad de construir un discurso crítico basado en su obra y sustentado por ejemplos, y en la habilidad para plantear nuevos enfoques mediante un corpus teórico variado, erudito y, en ocasiones, aparentemente ajeno a la literatura de la autora mexicana. Las conclusiones insisten en estas virtudes, proponiendo una línea de investigación futura más relacionada con la filosofía de Nietzsche e incidiendo en nuevas posibilidades críticas. En definitiva, el libro de Vanden Berghe no sólo es valioso por la profunda mirada sobre Campobello que trenza, sino porque nos recuerda cuál es el sentido de la crítica literaria y su cualidad infinita de inaugurar nuevas capas y nuevos ángulos de lectura.